



URI GELLER, CIENTIFICO INCOMPRENDIDO

LOS científicos —irritable genus— se han enfadado con ese judío tan simpático que arregla relojes a base de caricias y le han sellado la frente con la más infamante mención: Uri Geller no es científico. Vaya por Dios. En mi ingenuidad, yo creí que precisamente lo único que era ese señor es científico; de hecho, me pareció tan rematadamente científico el muchacho que acabó por resultarme un pelmazo de tomo y lomo. Naturalmente, si los científicos dicen que Uri Geller no es uno de ellos, sus razones tendrán y de mucho peso; los que mucho más indiscutiblemente que Uri Geller estamos fuera de su cofradía poco podemos arguir al respecto. Ahora bien, lo del reloj parado que hecha a andar sin cuerda y lo de la cucharilla flácida me siguen pareciendo el modelo mismo del experimento científico: una maravilla irrelevante que se repite a voluntad. Y ¿qué diremos de lo de adivinarle a Iñigo el pensamiento? Sólo a un científico nato se le ocurre todo ese tejemaneje de sobres dentro de sobres y sellos inviolables para lograr un éxito tan infimo como adivinar lo que Iñigo es capaz de pensar, que es algo que cualquiera puede advertir por sí mismo con sólo molestarse en ver «Directísimo», lo que resulta particularmente desolador, por cierto. Buena prueba del decidido cientifismo del sorprendente hebreo es el impacto que ha causado en el público; a la gente, como es sabido, lo único que de verdad le arrebatara es la ciencia: manipular el mundo, destripar las cosas, levantar pesos con un dedo, doblar acero y eso con la mayor economía de medios, del modo más simple y oculto posible. Milagros de manipulación sumamente simplificados: ¿no es esto lo que prometen Uri Geller y los demás científicos? ¿A qué viene enfadarse entonces? Se le hacen a Geller reproches tan absurdos, desde un punto de vista científico, como sus ansias publicitarias o su avidez immoderada de dólares. Pero esto no sólo no le excluye de la comunidad científica, sino que le confirma en ella; quien quiera convencerse, no tiene más que leer el deliciosamente repugnante librito «La doble hélice», de James D. Watson, en el que un Premio Nóbel especializado en biología molecular desvela las interesantes motivaciones altruistas que mueven a los más distinguidos de sus colegas de investigación. Está visto que hasta que no se dote el Premio Nóbel de Parapsicología, Uri Geller no se ganará el respeto y la estima de sus contemporáneos más serios...

La mente humana tiene poderes ocultos y desconcertantes: el más oculto y prodigioso de todos es la razón. Desdichadamente, suele pensarse que la razón no es sino un instrumento para que las cosas cambien de estado, de naturaleza o de funcionamiento por medio de trucos más o menos útiles e ingeniosos: en esta opinión coinciden la ideología de la ciencia y la de la magia, los Premios Nóbel y las echadoras de cartas. Pero la razón es realmente —o puede llegar a ser— algo más alto y más asombroso, energía de la libertad y resistencia en todas sus formas al vigente imperio de la muerte: hay quien no posee el ridículo poder de doblar cucharillas con la vista, pero si la animosa virtud de no doblar la rodilla ante el poderío de la violencia; quien no tiene más remedio que dar cuerda al reloj cada noche, pero en cambio no funciona dócil y automáticamente bajo las caricias del Dinero, de la Seguridad o del Prestigio; quien desconoce la forma del monigote oculto en el sobre cerrado, pero adivina el arcano designio de miseria y desolación tras la frente sin arrugas del sonriente preboste. Ya sé que nada de esto es mínimamente científico; es más: es anticientífico de arriba a abajo. Las conclusiones científicas —por tanto, verdaderas— a este respecto son más o menos conocidas; hoy, mismo por ejemplo, en un diario de la mañana, leo una advertencia sobre la deformación del mundo que sufren los jóvenes que se dan a la droga: «Uno de los resultados de estas deformaciones entre los jóvenes es que les da como una especie de obsesión por la controversia en asuntos políticos. Según la ciencia, esta es la fuente de neurosis y aniquilamiento de personalidad en muchos jóvenes». («Ya», 18-9-75). Ante tan severo dictamen, sólo cabe descubrirse. Y plegarse a lo irremediable: yo mismo, aquí donde no me ven, voy a masturbar un rato con las ondas cerebrales a una llave vieja, que tengo de cuando había cárceles.

SAVATER